

La realidad ¿qué realidad?

C. Moguillansky

El descubrimiento freudiano puso en cuestión la realidad de la *realidad*, no sólo al dar importancia a la *realidad psíquica*, sino esencialmente al señalar las múltiples influencias recíprocas entre la *realidad fáctica*, la *realidad humana* y la *realidad psíquica*. En verdad esas influencias imponen una mutua recurrencia, en la que no se puede establecer prioridades ni anticipaciones. Cada una de esas manifestaciones de la realidad requiere o supone la previa influencia de las demás. Si en la realidad fáctica encontramos la satisfacción del sustento y la sexualidad, así como el límite a nuestros deseos y a nuestra propia vida, ella se vuelve un dato límite, instrumental y referencial. Sin embargo, la humanidad hizo de ella un objeto de su atribución de sentido y con ello la incluyó en la *realidad humana* y cambió sus dos referencias principales: las ideas de tiempo y de espacio. La presunta naturalidad de esas dos referencias pierde su valor ante la extraordinaria perspectiva de una razón que, primero, las estira y sacude para construir la concepción moderna de espacio-tiempo y, luego, les da una dimensión mítica que nuevamente retuerce y sacude su pretendida linealidad y las torna en una tópica recursiva y en un tiempo expansivo, del aquí y ahora a un allá y entonces o a un nunca más y en ningún lugar.

En la realidad humana, la dimensión mítica transforma los hechos fácticos en hechos narrativos, aptos para una posible historia; de ese modo la naturaleza logró el más formidable instrumento comunicativo: la lengua y el habla humanas. Ese instrumento, que permite transmitir y publicar la propia experiencia a otros seres humanos, produjo un cambio cualitativo tal, que con mucha razón se pensó que precisamente allí reside el límite entre la naturaleza y el artefacto. El lenguaje nace en la naturaleza, pero se eleva a un nivel de organización mayor, que subsume su realidad original y la duplica en una nueva. En esta nueva realidad-la *realidad humana*- el autor se redobla en su cualidad de autor y personaje de una historia y su relato se puebla con el sentido que éste le da a su experiencia. Curiosamente, quien escucha el relato sabe que éste fue distorsionado, pero al mismo tiempo, valora lo que el relato dice y cree en él. Las creencias humanas inician su existencia cada vez que damos crédito a quien nos refiere su experiencia y, de hecho, la *realidad humana* no es otra cosa que una creencia, a veces muy cercana a la objetividad pretendida por la ciencia, y en otras, muy cercana a los límites de nuestra imaginación o de nuestro delirio.

Finalmente, la *realidad psíquica* se erige sobre las dos realidades previas y las subvierte en su propia experiencia, sostenida en el deseo humano, siempre excéntrico a toda realidad fáctica y a toda influencia intersubjetiva. Sin embargo, con él se cierra el círculo de las mutuas y recíprocas influencias entre las tres realidades. La múltiple naturaleza del deseo: ser y no ser una necesidad, formar parte y autoexcluirse de la intersubjetividad, ser íntimo y a la vez ajeno, ser propio y ser siempre el deseo de otro, hace de él el nudo de las tres realidades y un punto de divergencia y de amarre de sus múltiples derivaciones. No hay modo de entender el deseo sin presuponer en su origen una persona, una materia, una historia y sobre todo un complejo artefacto articulador de esas tres dimensiones heterogéneas. A su vez, no hay modo de entender la historia sin sujetos con

deseo que la escriban, la lean y la interpreten, ni hay naturaleza que no haya sido tocada por la eficacia del habla humana.

.